

te orden). El costo del material bélico enviado por Italia a España fue de 6.000 millones de liras —también se dan cifras más elevadas—, lo que suponía una cantidad equivalente al 3 por 100 de PIB italiano o al 12 por 100 de sus gastos estatales en 1939.

Por otro lado, el que durante los primeros momentos Mussolini se viera precisado a canalizar su ayuda a través de Marruecos, lo que significaba potenciar el Ejército del Sur, hizo que potenciara la figura de Franco y que le catapultara para ocupar la jefatura del Estado.

Según frase de Ciano, "en el Ebro, Barcelona y Málaga, se echaron los cimientos del Imperio romano en el mediterráneo". Pero, por su parte, nada menos que el propio embajador de Alemania ante Burgos mencionaba en un informe a su Gobierno "la extravagante glorificación de las acciones de armas italianas, la presuntuosidad de las autoridades militares italianas, la conducta de las tropas en el frente y en especial en la retaguardia, el contrabando de mercancías italianas promovido por los militares italianos, que se descubre una y otra vez, y otras intrusiones...". En cualquier caso, no cabe duda de que el dictador italiano ayudó de modo efectivo a la implantación de una dictadura que perduró aún treinta años después de la caída y muerte del Duce. ■ J. M. A.

Tom Wolfe, la derecha exquisita

HACER una crítica sería de lo que se ha dado en llamar "nuevo periodismo", es una tarea que ocuparía páginas enteras de esta revista. Se trata de algo que es más y menos que un "bluff", más y menos que una etiqueta comercial: fenómeno complejo, cuyas raíces se encuentran, por una parte, en la alarmante ingenuidad de sus propios creadores —Wolfe incluido—, y también en la sagacidad de sus editores. Un fenómeno que consiste, en gran parte, en vender gatos con piel de liebre y ovejas con piel de lobo, en vestir lo de siempre con ropajes de novedad, que encogen muy rápido; vestimentas de papel o jeringuillas desechables, aptas para un solo uso y pasar

luego al incinerador de desperdicios.

A pesar de ello, muchos de los productos que se nos venden bajo esta etiqueta —y bajo muchas otras, que el snobismo y los sistemas de marketing han puesto ahora de moda en España: la "novela negra", por ejemplo— tienen un indudable valor intrínseco. No se deben desdeñar a la ligera algunos trabajos de Terry Southern, Hunter S. Thompson, Robert Greenfield —quizá el más aburrido de todos— o del propio Tom Wolfe, teórico y jefe de fila de "nuevo periodismo", del que me voy a ocupar. Lo irritante es la etiqueta, no su contenido.

Tom Wolfe es un veterano periodista estadounidense, conocido en España por su labor de crítica —crítica suave, comedida y



Tom Wolfe.

tendenciosa, como debe ser— al modo de vida americano, y por sus teorías un poco desmadradas

y faltas de base sobre el nuevo periodismo. Es un escritor ágil, de agradable lectura, cuando no se pone pedante o intenta hacer lo que él considera "Literatura", con mayúscula. Ha querido ser —y esto le pierde— el Balzac del último cuarto de siglo estadounidense; ha conseguido realizar algunas crónicas francamente buenas, y poner en pie unas cuantas narraciones realistas de excepcional interés.

"Los años del desmadre. Crónica de los 70" (1) es, me parece, su último libro publicado en España, o uno de los últimos. Se trata de una recopilación de reportajes y narraciones, destinada a dar a conocer el ambiente y la vida de los Estados Unidos en

(1) Editorial Anagrama.

CULTURA A LA CONTRA

Aburridos, pesados terroristas

El pasado día 27, por la noche, un comando de jóvenes fuertes, armados y valerosos, se lanzó de nuevo al asalto del pobre café Comercial y alrededores, del barrio de Malasaña. Estos jóvenes, demostrando a un tiempo su valentía indomeñable y su sentido de la modernidad, cortaron el pelo a varias personas a punta de pistola —ignoro si la pistola sería de foguero o no; creo que cuando le apuntan a uno con esos juguetitos, no tiene mucho tiempo en fijarse en tales minucias—. Luego, siguiendo con su plan de limpieza y nazionalización del barrio, bajaron a la plaza del Dos de Mayo y la llenaron de pintadas, donde invocaban al mismo tiempo a Cristo Rey —incluso yo, que no soy cristiano, pienso blasfemo el uso que estos tontines desmandados hacen del nombre de Cristo— y a una cierta fuerza que se dice joven, pero que es la más antigua del mundo. Casualmente, el furgón de marrones que patrulla casi de continuo por la plaza, en busca de algún camello despistado, no se encontraba allí; un buen detalle por su parte.

Días antes había habido apuñalados por los mismos muchachos un poco más arriba, hacia Barceló. Y, prácticamente, todas las noches estos chicos provocan —no sólo con su presencia uniformada y desagradable siempre— a los pacíficos clientes de los bares de la zona, que van a tomarse una copa y a charlar con sus amigos. La cosa es más que grave: resulta incómoda, desagradable y, además, de un terrible mal gusto. Entre otras cosas, porque los cachorros de tiburón que así se entrenan en las artes marciales, no tienen el más mínimo sentido de la modernidad. A quién se le ocurre dedicarse a cortar el pelo a la gente, cuando ya llevan el pelo largo hasta en las Cortes. Son tontos, están pasados de moda, y —como de costumbre— son cortos de vista hasta para reconocer a sus verdaderas enemigas.

Hay detalles curiosos, en esta "operación limpienza" que los jóvenes nostálgicos de la camisa azul y los brillantes correaes llevan a cabo en Malasaña. Entre otros, el silencio casi absoluto de la prensa diaria. Estas cosas nunca las cuentan. Quizá las consideren "incidentes menores"; y lo son, por separado. Pero en conjunto resultan preocupantes. Pero nadie habla de ello y nadie llama a estos señores terroristas. Si se lo llaman, sin embargo, a quienes participaron en una manifestación el mes pasado, que iba dirigida precisamente contra el terrorismo (de estado, claro; es un matiz a tener en cuenta). Claro que también se detiene a cincuenta y tantos manifestantes, y se les aplica a trece de ellos la supuesta Ley Antiterrorista, que no debería llamarse así, porque sirve más bien para empapelar a cualquiera que disienta verdaderamente del plan que en las altas esferas se tiene pensado para nosotros: incluso se ha intentado detener, amparándose en dicha ley, a Pina López Gay, de la Joven Guardia Roja, organización y persona que están tan lejos del terrorismo como de Tegucigalpa. Pero a los tiburoncitos ultras, no. Tiene que haber, por lo menos, un muerto para que se les moleste; lo demás —palizas, agresiones, vejaciones de todo tipo, afirmaciones de un machismo sin seso ni sexo— no parece tener importancia. Son gamberros, sin más.

Pues yo prefiero a los gamberros de verdad, a los de siempre; a los que están verdaderamente cabreados con el mundo que les ha tocado vivir, y no necesitan, para mostrar su disconformidad, ampararse en siglas ni en banderas. A los que vociferan la última canción de, por ejemplo, Ramones, y no antiguos himnos guerreros compuestos por malos músicos y peores poetas. Los terroristas ultras son aburridos, tontos. Y peligrosos, porque les dejan serio. ■ EDUARDO HARO IBARS.

estos últimos años. Y consigue su objetivo con notable aproximación: Wolfe tiene un sentido del humor bastante sarcástico, que aplica casi siempre a artistas, miembros de la izquierda liberal americana, jóvenes radicales y demás elementos contrarios al "establishment"; este último no suele ser muy atacado por él, porque Tom Wolfe es un escritor de derechas, de esa derecha vergonzante que no osa decir su nombre, y que puede pasar por "izquierda" ante quienes sólo se detengan en la brillante superficie de las cosas. Este libro suyo es muy aclaratorio en tal sentido: critica a los izquierdistas, a quienes se disfrazan de "proletarios" sin serlo, a los artistas y escritores americanos; y, al mismo tiempo, hace cantos al heroísmo de los pilotos de bombarderos americanos en Vietnam, y defiende la tesis de que en los Estados Unidos la libertad de expresión es total. Todo esto, sin la menor profundidad de análisis para poder hacernos tragar mejor la cosa, basándose en la pura anécdota. La nube que envolvía al "nuevo periodista", haciéndole pasar por un tipo liberal, se desgarró. Si en los EE. UU. hubiese una UGD, Wolf sería su periodista oficial.

Otro de los factores que me hacen desagradable a Wolfe —y, sobre todo, al Wolfe autor de este libro— es su pedantería; su manía de citar por citar. De citar a filósofos tan desprestigiados aquí como Ortega y Spengler, que, sin embargo, en América están ahora muy de moda. O de citar a Freud a destiempo, sin que venga a cuento para nada. Esto resta agilidad a su prosa, por otra parte brillante, y no le añade ningún valor de erudición o profundidad. Y es precisamente esa ignorancia de pedante, esa ingenuidad de nuevo rico de la cultura, la que ha dado pie a la creación de una escuela artificial que responde al nombre de "nuevo periodismo".

Por otra parte, no todo es malo en este libro de Tom Wolfe, como no todo es malo en ninguno de los suyos: tiene un humor bastante ácido, cierta lucidez crítica en alguno de sus planteamientos y, sobre todo, bastante capacidad para divertir al lector. Para divertirlo tanto que, a veces, le hace comulgar con ruedas de molino. ■ EDUARDO HARO IBARS.



MUSICA

El penúltimo de los "cinco grandes"

GERSHWIN fue el primero en morir, en 1937. Le siguió Jerome Kern, siete años más tarde; bastante después, en el 64, lo haría Cole Porter. Ahora, con la muerte de Richard Rodgers al terminar 1979, sólo queda de los "cinco grandes" Irving Berlin, un señor tan viejecito que muchos de mis colegas llevan años hablando de él en pasado, como enterrándole por despista.

El nombre de Richard Rodgers puede que no diga mucho así, solo, por lo cual me apresuro a contarles que éste es el Rodgers de

Rodgers y Hammerstein, y También el de Rodgers y Hart. Su primera canción "oficial", es decir, con copyright y todo lo demás, data de 1919; por supuesto, no es realmente la primera, que diversas leyendas retrasan hasta 1914, cuando la criatura tenía doce años. Sesenta y tantos años después, en ese 1979 que por poco no le ve morir, estrenaba su última obra, un fracaso de crítica —no tanto de público—, con Liv Ullman como cabecera de reparto.

Entre todas esas fechas hay una trayectoria profesional imposible de condensar en dos o tres títulos. En cuanto a canciones, porque si citamos "Blue Moon" o "My Funny Valentine" nos dejamos "The Lady is a Tramp", y todavía no hemos llegado a la mitad de su carrera; en musicales completos, porque si

empezamos en "Oklahoma" y seguimos por "South Pacific" y "El rey y yo", hasta ese "The Sound of Music" con el que la mayoría de los tratadistas le ponen punto final, nos habremos dejado atrás del todo cosas como "Pal Joey", por citar nada más que una.

Richard Rodgers fue además un buen chico. Sacó adelante a un personaje tan difícil como Lorenz Hart, quien sólo gracias a él pudo llegar a ser el mejor letrista de todos, y aun así terminó por echarse a perder, cosa a la que estaba irremediablemente destinado. Casi a continuación, Rodgers hizo salir de las profundidades a Oscar Hammerstein II, que había sido famoso —hizo, con Kern, "Show Boat"—, pero por el que nadie daba ya un céntimo. Por lo demás, un buen puñado de actores le tiene que estar agradecido, y Yul Brynner, por ejemplo, le debe todo lo que es.

Sin las composiciones de Richard Rodgers, la música ligera no tendría nada que ver con la que hoy escuchamos; el jazz tendría un repertorio infinitamente más pobre, y su vanguardia, un himno seguramente más feo que "My Favorite Things". Con todo esto, y a sabiendas de que intentó composiciones serias, metió por primera vez un ballet dramático en un musical de Broadway y acabó por revolucionar el género entero; lo principal de Richard Rodgers es que la inmensa mayoría de su obra la forman canciones. Pero qué canciones, oigan: cientos y cientos y todas igual de buenas. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Richard Rogers y, detrás de él, Oscar Hammerstein II.

